

En el centenario del nacimiento  
de Luis Piedrabuena

# Un abanderado de nuestra soberanía

De entre las múltiples formas de vida que don Luis Piedrabuena tuvo a su alcance, él eligió la más difícil, la más ardua: el servir a su patria y a sus semejantes. Así fue como no logró acumular fortuna, pero sí reunió, ahora, a 150 años de su muerte, una gloria intachable, no mentida, fincada en su valor personal, en su altruismo y en el cariño enorme que sentía por su país, por nuestro país.

El comandante Luis Piedrabuena nació en Carmen de Patagones el 24 de agosto de 1883. Su infancia, como apunta su biografía, la profesora Emma Nozzi, estuvo signada por "el murmullo de la marea, el golpear de los remos, el ronco cantar de los navegantes, el calafateo de las embarcaciones y los cuentos fantásticos de los viejos lobos de mar, que entre copa y copa, en el negocio de Miguel, su padre, recordaban aventuras corridas en heroicos abordajes, peligrosos cruceros o largas cacerías en la región antártica".

Indudablemente que don Luis Piedrabuena ansió ser marino desde su más tierna edad. Mientras otros chicos se entretenían de diversas maneras, el fabricaba embarcaciones. Primero, fueron tímidos barquitos de juguete. Luego ya se animó a construir balsas que soportaban su peso y se lanzó por el Río Negro, "llevando un rastrillo como palo mayor, un poncho como vela y una pala de horno como timón". Esas navegaciones lo alejaron, en más de una oportunidad, por varios días del seno familiar. La única forma de resolver el problema que ese chico causaba, era tomar en serio a su vocación, en la medida en que ésta de era más fuerte que las reprimendas, que todo.

## EXTRAÑA AVENTURA

—Pero antes de eso le tocó al niño ya casi un marino autodidacta, vivir una extraña aventura. A bordo de una de sus precarias embarcaciones, el pequeño Piedrabuena se encontraba a varias leguas del puerto, Buscaba el mar. Enfrentaba en esos momentos la terrible "barra" rionegrina, cuando el capitán de un ballenero yanqui, similar a esos que describe Herman Melville en "Moby Dick", divisó al chico en su rara nave. El capitán Lemon supuso que la criatura se encontraba desesperada y ordenó el rescatarla. Los hombres que tripulaban el bote que fue lanzado al agua, al aproximarse a la "nave" Piedrabuena, se encontraron con un niño sonriente, que los desafiaba a una carrera.

Los curtidos hombres de mar, acostumbrados a codearse con la muerte, alzaron al niño en brazos e irrumpieron en entusiastas hurras. Una vez en tierra, el capitán Lemon le solicitó a los padres de Piedrabuena (don Miguel, santafecino y doña Vicenta Rodríguez, maragata, o sea oriunda de Carmen de Patagones) le permitiera llevarse al chico embarcado, para que siguiera estudios náuticos en Estados Unidos. Los padres, comprendieron en ese momento, que nada podían hacer que dar vuelta el destino del pequeño. Así, con 9 años de edad, se embarcó en el ballenero. Tiene que haber sido uno de los grumetes más jóvenes de la historia de los hombres y el mar.

A bordo, fue descubierto, el carácter despótico del capitán Lemon, al punto que el niño se negó a compartir su mesa y se fue a comer el humilde rancho de la tripulación. El capitán, al advertir su actitud, le formuló airados reproches, a lo que éste contestó: "Los marineros tienen mejor corazón. Déjeme usted al lado de ellos".

## UN CORSARIO PROTECTOR

—En Buenos Aires, por propia decisión, el chico abandonó el barco y se refugió en la casa de Jaime Harris, un corsario que había combatido por nuestra patria y que era amigo de sus padres. Harris no desamparó al niño. Lo hizo cursar estudios primarios y lo inscribió en una escuela de estudios náuticos. A los 14 años regresó Piedrabuena a Carmen de Patagones. Allí siguió con la escuela elemental e intensificó sus experiencias en el Río Negro. Ya dotado de conocimientos piloteaba los botes de los amigos de su padre. Con el fruto de sus ahorros, con dinero de su familia y con la habilidad innata y adquirida, construyó un pequeño cutter con el que se lanzó a forzar la "barra" rionegrina. Lo logró y llegó, indemne, hasta Bahía Las Rosas, una verdadera hazaña que no pierde trascendencia con el paso del tiempo.

En 1847 llegó al puerto de Carmen de Patagones el "John E. Davison", un ballenero que comandaba un legendario capitán, llamado el "cónsul de los mares". Smiley, tal el apellido de ese marino, era un hombre generoso quien aceptó el pedido de los padres de Piedra Buen: convertir a su hijo en miembro de la tripulación.

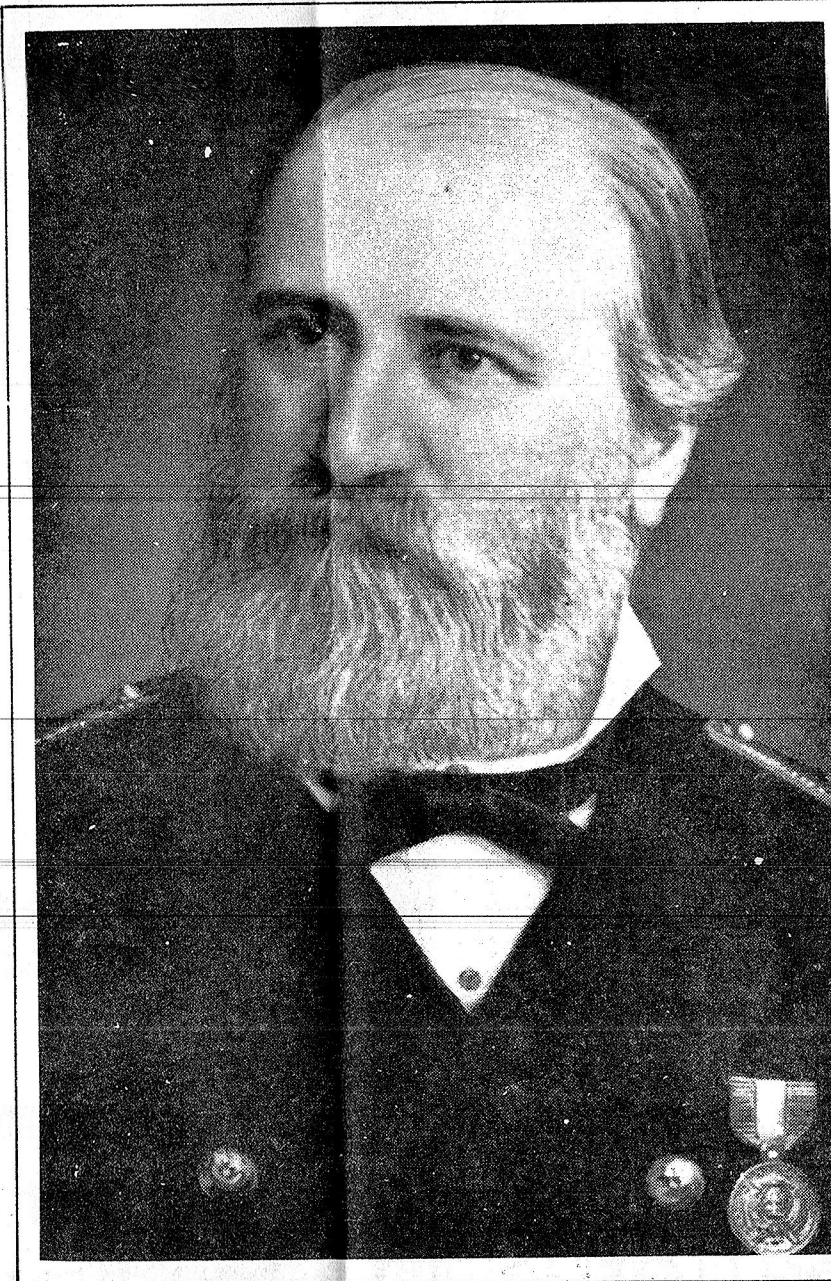
## LATITUD 68°

La nave alcanzó la latitud 68° por lo que Piedrabuena puede ser considerado el primer marino argentino que entró en las regiones antárticas. Al sur de la tierra de Graham, Piedrabuena, cumplió 15 años.

El jovencito pronto integró las tripulaciones de las balleneras y se convirtió en un diestro arponero.

"La vida tremendamente dura que compartió con hombres toscos, los frios que entumecieron sus miembros, las lluvias y las olas que empaparon su cuerpo en días invernales, las guardias en lo alto de los mástiles bajo ráfagas heladas fortalecieron su carácter y lo prepararon para las grandes empresas, consigna la profesora Emma Nozzi en la semblanza que traza del héroe.

Luego de una breve escala en las islas Malvinas, el ballenero "Davison" retornó a Carmen de Patagones. El 28 de agosto de 1849 partió de nuevo, con Piedra Buena a bordo, ya ascendido a segundo oficial y al mando de la segunda ballenera, todo un premio a la capacidad y al valor, otorgado a un jovencito. Un violento temporal llevó al "Davison" recalar en la isla de los Estados. El mar trajo hasta la costa restos de un reciente naufragio. En el acto Smiley, acaso de quien Piedrabuena asimiló los imborrables conceptos de solidaridad, ordenó bajar una lancha que enfrentara la tormenta y acudieran en búsqueda de naufragos. Piedra Buena solicitó al capitán que le permitiera ir con la embarcación a su mando. Smiley, conmovido (se trataba de una tarea muy peligrosa) autorizó la salida.



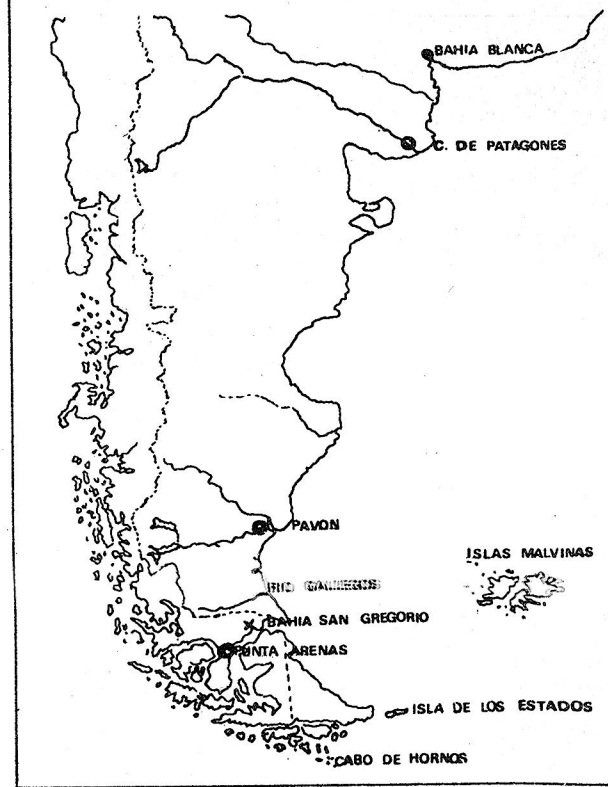
LOS GARFIOS  
DE LA MUERTE

## Su fallecimiento

El 10 de agosto de 1883, a las 20.45, en una casa de calle Tucumán al 50, de Buenos Aires, murió el comandante don Luis Piedrabuena. Se preparaba para hacerse otra vez a la mar. Estaba convencido de que iba a superar las dolencias que su vida dura le causaron. Bartolomé Mitre escribió en "La Nación": "La pasión de su vida fue asegurar para su Patria los vastos territorios del sur argentino. Por mucho tiempo los defendió solo, con un pequeño buque de su propiedad".

Otro diario terminó de completar su indeleble retrato: "Ha muerto don Luis Piedrabuena, pobre, como mueren los fieles servidores de la Patria".

Escribe  
Alberto  
Atienza



LOS PIRATAS

—En la lejanía ya se insinuaba el llamado de la Patria. Era el hombre más conocedor de nuestras costas australes, había plantado la bandera argentina en una isla situada a 24 kilómetros de la desembocadura del Río Santa Cruz, dejando a tres hombres, a tres argentinos a cargo de esa avanzada, cuando entendió que su misión era mucho más importante que comerciar con la caza de ballenas. Resultaba necesario defender nuestra soberanía de los permanentes avances chilenos. Se dispuso a comprarle el "Nancy" a Smiley, lo que consiguió con la ayuda de sus familiares. Lo armó en guerra y muchos cañones mostraron sus bocas en la cubierta. En 1860, en la isla de los Estados, vio zozobrar a un velero. De inmediato partió en su ayuda. Dos buques piratas malvineros intentaron impedirle el salvamento con el fin de apoderarse de la carga que el barco siniestrado transportaba, sin interesarles el destino de la tripulación. Piedrabuena estrenó sus cañones. Mantuvo a raya a los piratas y salvó a los naufragos. Esas incursiones de los piratas eran muy frecuentes. Resolvió entonces Piedrabuena construir en la isla de los Estados una casilla, para que los sobrevivientes encontrar un abrigo y aliento y dejó allí a dos miembros de su tripulación. También, un mástil donde ondeaba nuestra bandera. En uno de los acantilados del Cabo de Hornos grabó la siguiente inscripción: "Aquí termina el dominio de la República Argentina. En la isla de los Estados (Pto. Cook) se socorre a los naufragos".

"Nancy - 1863 - Cap. Luis Piedrabuena". En una plancha de cobre pintó los colores de la patria y ajustada a una barra de hierro, la clavó en la punta rocallosa. Su permanente navegar lo llevó a recorrer infinidad de veces el canal de Beagle, el estrecho de Magallanes, el Lemaire y los canales del sur.

En 1863 le cambió el nombre extranjero de "Nancy" a su velero, por el "Espora", otro glorioso marino.

Toda su vida consistió en un permanente acudir en auxilio de naufragos y no aceptó jamás las recompensas que los gobiernos de distintos países querían entregarle por sus acciones. Fue una especie de ángel de los mares australes, para los pobres que perdían su barco en medio de un temporal. Hizo flamear nuestro estandarte, a veces con el empleo de la energía, en sitios que por soberanía nos correspondían y que estaban olvidados por el gobierno de Buenos Aires. El, sin órdenes específicas, tomó a su cargo la misión de llevar nuestra bandera. Pero eso tiene un costo alto, cuando es la obra de un hombre solo. Y Don Luis lo pagó. Se llama pobreza. Nunca pudo reunir dinero. Una de sus empresas, que seguramente le iba a deparar fortuna, se vio interrumpida por un naufragio ajeno, al que Piedrabuena se decidió perdiendo la oportunidad, para siempre, de consolidar su posición.

Su proceder, desinteresado, que lo llevó a la ruina, sirvió sin embargo para reafirmar nuestros derechos en la zona austral. El diputado Frias, con el asesoramiento de Piedrabuena, defendió con ahínco lo que constituían posesiones argentinas en la zona austral justamente consolidadas por Piedrabuena, con los asentamientos humanitarios de conacionales y de bandera que él había efectuado.

Cosechó desengaños y olvidos de parte de algunas autoridades nacionales de aquel entonces y también le fue reconocido su importante aporte. En 1876 el presidente Nicolás Avellaneda le dio de alta en la Plana Mayor Activa como capitán con sueldo. Antes, Mitre, en 1864, la había conferido el grado de capitán honorario.

En el "Cabo de Hornos", nombre que eligió Piedrabuena, por decisión del gobierno nacional, instruyó a un grupo de marineros argentinos. Su trayectoria es muy extensa. Comandó la expedición austral que encabezaba, en la parte científica, un estudioso italiano. En el viaje rescató a unos naufragos, escamoteándose a los piratas malvineros que ya estaban en la zona. La eficiencia de su labor en ese viaje de estudios le valió el cargo de socio honorario en el Centro Naval, el Instituto Geográfico Militar le concedió una medalla de oro y el presidente Roca lo nombró teniente de la Armada Argentina.

El historiador Entraigas refiere así el hecho: "Luchando como bravo contra el temporal, Luis condujo su nave hasta los escollos y allí arrancó de los garfios de la muerte a la tripulación de un buque alemán compuesta de catorce individuos que esa misma mañana había naufragado al estrellarse el barco contra las rocas".

Otro historiador, Ratto, señala que "No hay dudas que el jovencito (de 16 años) comenzó a ganarse la simpatía de los rudos marineros".

El cónsul Smiley, que ya había descubierto además del valor de Piedrabuena su clara inteligencia, solicitó permiso a los padres del muchacho para llevarlo a los Estados Unidos y que siguiera estudios en una prestigiosa escuela náutica de aquel país. Así fue como en octubre de 1854, en un velero de propiedad de Smiley, partió Piedrabuena hacia Norteamérica. Smiley le trazó un plan de estudios anexo, que incluía la visita a centros industriales y la lectura de determinados textos. Piedrabuena reunió tal cantidad de conocimientos que bien podía arreglar un reloj, como inventar un pantógrafo, ejecutar pesados trabajos de forja o construir una embarcación. Ya con su título de piloto, retornó Piedrabuena a Patagones al mando del "Nancy", un velero de propiedad de Smiley. En 1858 partió con esa nave a cazar ballenas. Smiley luego lo ascendió a comandante de la goleta "Manuelita" y con esa nave salvó a 42 tripulantes de un barco estadounidense que había naufragado.